

RETIRO CUARESMA

2ª Meditación:

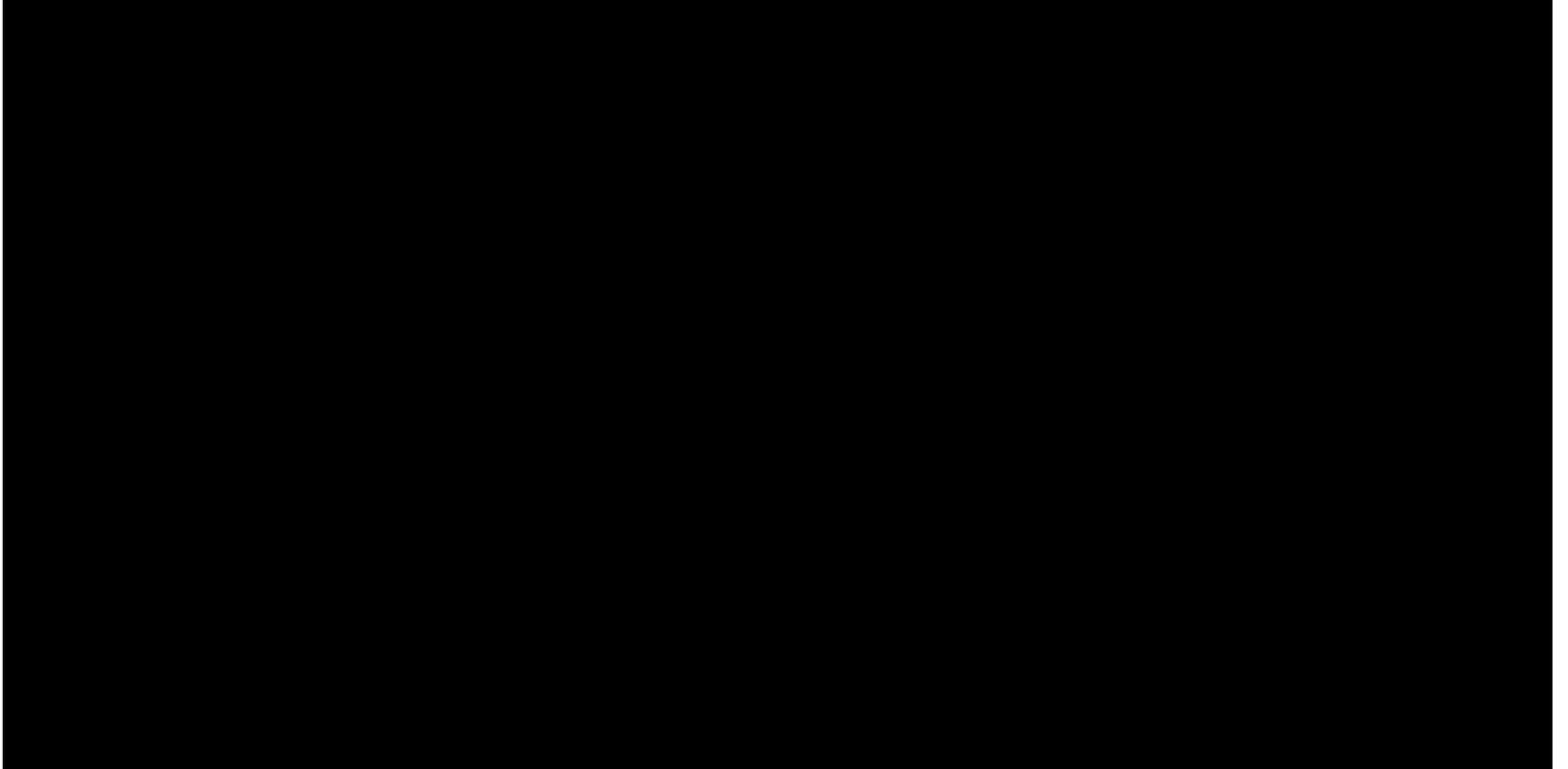
**“Yo soy la luz”
(el ciego de nacimiento)**

SEGUNDO ESCRUTINO CATECUMENADO DE ADULTOS

Manuel María Bru Alonso

Delegado Episcopal de Catequesis de la Archidiócesis de Madrid

2ª Meditación: “Yo soy la luz” (el ciego de nacimiento)



2ª Meditación: “Yo soy la luz” (el ciego de nacimiento)

Lectura del santo evangelio según san Juan 9, 1. 6-9.
13-17. 34-38

En aquel tiempo, al pasar Jesús vio a un hombre ciego de nacimiento.

Y sus discípulos le preguntaron:

- Maestro, ¿quién pecó, éste o sus padres, para que naciera ciego?.

Jesús contestó:

- Ni éste pecó ni sus padres, sino para que se manifiesten en él las obras de Dios. Mientras es de día, tenemos que hacer las obras del que me ha enviado; viene la noche, y nadie podrá hacerlas. Mientras estoy en el mundo, soy la luz del mundo.

Dicho esto, escupió en tierra, hizo barro con la saliva, se lo untó en los ojos al ciego y le dijo:

- Ve a lavarte a la piscina de Siloé (que significa Enviado).

Él fue, se lavó, y volvió con vista. Y los vecinos y los que antes solían verlo pedir limosna preguntaban:

- ¿No es ése el que se sentaba a pedir?

Unos decían: El mismo.

Otros decían: No es él, pero se le parece.

Él respondía: Soy yo.



2ª Meditación: “Yo soy la luz” (el ciego de nacimiento)

Llevaron ante los fariseos al que había sido ciego. Era sábado el día que Jesús hizo barro y le abrió los ojos. También los fariseos le preguntaban cómo había adquirido la vista. Él les contestó:

- Me puso barro en los ojos, me lavé, y veo.

Algunos de los fariseos comentaban:

- Este hombre no viene de Dios, porque no guarda el sábado.

Otros replicaban:

- ¿Cómo puede un pecador hacer semejantes signos?

Y estaban divididos. Y volvieron a preguntarle al ciego:

- Y tú, ¿qué dices del que te ha abierto los ojos?

Él contestó:

- Que es un profeta.

- Empecatado naciste tú de pies a cabeza, ¿y nos vas a dar lecciones a nosotros?

Y lo expulsaron. Oyó Jesús que lo habían expulsado, lo encontró y le dijo:

- ¿Crees tú en el Hijo del hombre?

Él contestó:

- ¿Y quién es, Señor, para que crea en él?

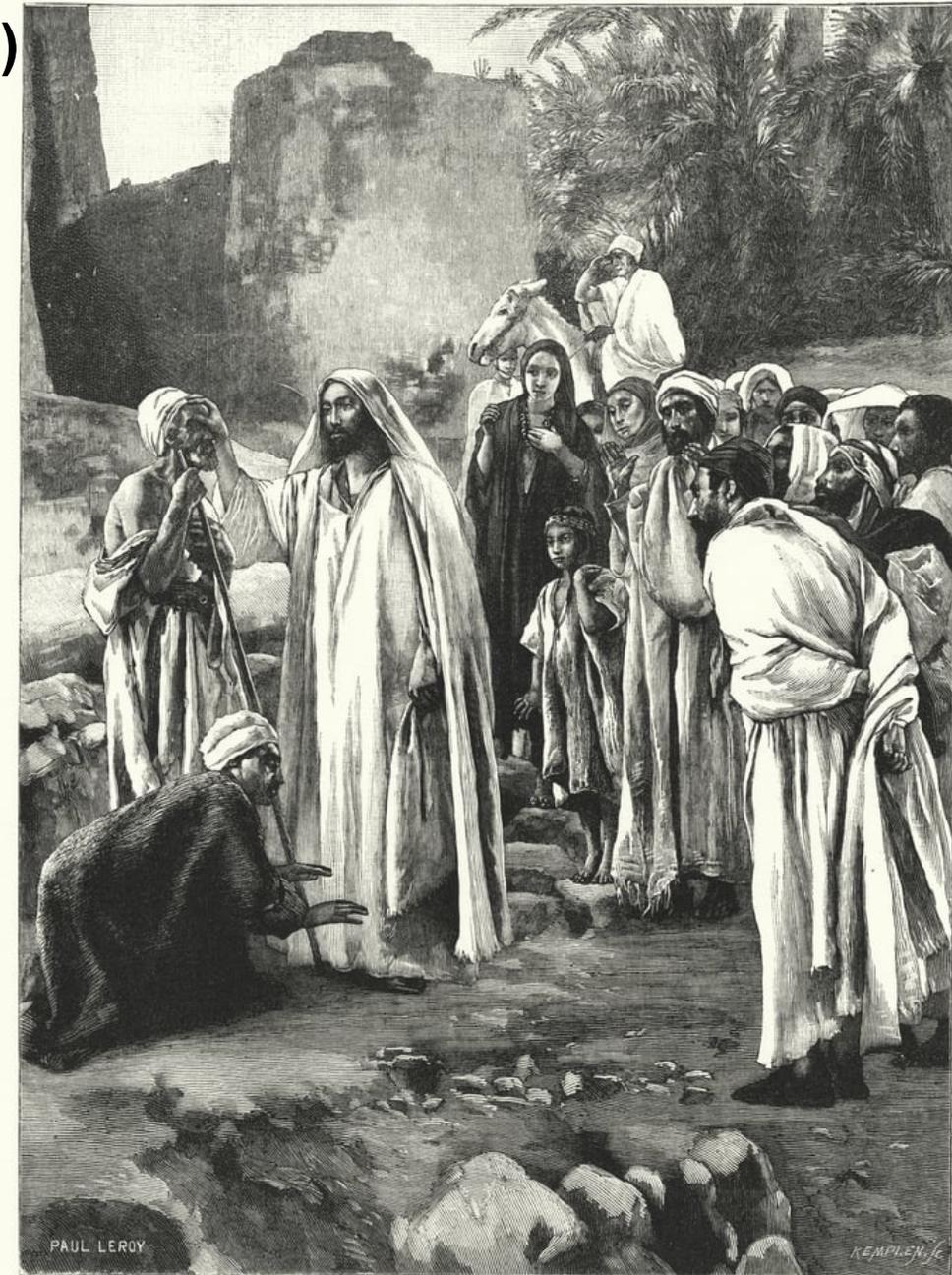
Jesús les dijo:

- Lo estás viendo: el que te está hablando, ése es.

Él dijo:

- Creo, señor.

Y se postró ante él.



THE HEALING OF THE BLIND.

“Two blind men followed Him, saying, Thou Son of David, have mercy on us!”

2ª Meditación: “Yo soy la luz” (el ciego de nacimiento)



2ª Meditación: “Yo soy la luz” (el ciego de nacimiento)

LO QUE ANHELAMOS

Jesús se acerca con sus discípulos al ciego. Un ciego que no tiene nombre, que puede ser cualquier persona. En el transcurrir del episodio, el ciego busca a Jesús, se presenta delante de él, y pide recobrar la vista. No quiere seguir viviendo en la oscuridad, sabe que está hecho para para la luz, para mirarlo todo con otros ojos. Jesús mezcla su saliva con el barro y le unta los ojos. Lo manda a lavarse, a purificarse.

Cristo, la luz verdadera, le concede misteriosamente y de modo gratuito la vista. Lo hace verse a sí mismo y cuanto lo rodea con nueva mirada. Termina el texto con el acto de fe del nuevo vidente en Jesús, afirma sin contemplaciones su fe en él, una fe que lo lleva a postrarse ante la persona del maestro Jesús.

En el bautismo, Cristo vivo y resucitado, simbolizado en el cirio pascual, da la luz de la verdad de la fe al discípulo. Prender ese fuego de Cristo en una vela es desear dejarse alumbrar por el Señor y aspirar a que el Señor nunca deje de guiar la vida y su camino. Por eso aún el bautizado, que ya ha participado de la luz divina, sabe que aún puede caminar a tientas, porque la visión de todo lo que es él, el verlo tal cual es, solo la alcanzaremos en la vida eterna. Mientras tanto seguimos en busca de la verdad, del bien y la belleza.

Este es el tiempo de dejarnos iluminar por Cristo ante nuestras oscuridades: ¿Qué hay todavía en nuestra vida que nos eleja de la luz que es Cristo? Él nos hará descubrir con su luz aquello que no le gusta, que no es su voluntad, que no es evangélico.



2ª Meditación: “Yo soy la luz” (el ciego de nacimiento)

LO QUE ANHELAMOS: TESTIMONIO DE CONVERSIÓN DE CÉSAR

Contemos la historia de un joven que no creía y que abrazó la fe. Fue bautizado, pero nunca evangelizado. En un contexto familiar y social de total indiferencia, tras empezar a leer a literatos y pensadores cristianos, se dio cuenta de que la fe no era para ellos una herencia desprovista de valor y de sentido.

César (así se llama) preguntó a sus compañeros de la Universidad que tenían fe, y llegó incluso a albergar cierta envidia. Pero nada de lo que decían le parecía inteligible ni convincente. Buscaba la fe, o afianzarse en su falta de fe, con palabras aún para él carentes de sentido.

Un día un sacerdote, al que acudió para contar su inquietud, le sugirió que rezase. Lógicamente rechazó tal pretensión, por absurda, hasta que el sacerdote le explicó que podía hacer una “oración condicional”: “porque no te atreves a entrar en la capilla y decir, con la mente y el corazón abierto a lo que pueda suceder, lo siguiente: *Dios, no sé si existes. De hecho, no creo que existas. Pero si existes, muéstrate. Te espero*”.

Y lo hizo. Aquellas palabras provocaron en él una profunda congoja, un sentimiento inédito, un estado de paz en el que se empezó a ver a sí mismo muy pequeño pero muy pacificado. Y al pronunciarlas con temor y temblor, le llegó el don de la fe.



“La fe es un camino de iluminación: parte de la humildad de reconocerse necesitados de salvación y llega al encuentro personal con Cristo, que llama a seguirlo por la senda del amor” (*Benedicto XVI: 29/1/2006*)

2ª Meditación: “Yo soy la luz” (el ciego de nacimiento)

LO QUE DESEAMOS

Una de las primeras canciones de Brotes de Olivo decía así: “Jesús, ¿quién eres tú?” tan pobre al nacer, que mueres en cruz. Tu das paz al ladrón, inquietas al fiel, prodigas perdón.... Y luego continuaba: Cristo es sal en la vida, luz en las tinieblas, fe al dudar, espiga al crecer, amar al vivir, paz al luchar, contento al vencer, mi voz al seguir...”
Jesús: ¿quién eres tú?

Muchos se lo preguntaron... Sus respuestas eran inesperadas, desconcertantes... pero todos las entendían. Porque no sólo hablaban de él, sino que hablaban de quienes preguntaban. Así, como vimos anteriormente, Jesús se presenta como el agua que sacia toda sed. Y ahora, se nos presenta como luz:

Como luz que es un don, que la recibe quien reconoce que le falta, que la desprecia quien se cree que la tiene. Jesús mismo en el relato de la curación del ciego de nacimiento, del Evangelio de Juan, lo dice así: “Para un juicio he venido yo a este mundo: para que los que no ven, vean, y los que ven, se queden ciegos”.

2ª Meditación: “Yo soy la luz” (el ciego de nacimiento)

LO QUE DESEAMOS

Pero para entender mejor como los discípulos, testigos de este milagro de la curación del ciego de nacimiento, y testigos de todos los demás milagros, gestos, miradas, y palabras de Jesús, iban conociéndole, debemos mirar en conjunto aquellos años de seguimiento, de escuela de Jesús, cuando les fue mostrando, con el sentido de las parábolas que pronunciaba, las actitudes que ellos podían aprender de él:

- **En relación con Dios y, en concreto, con él mismo:** confiar en Jesús hasta el punto de renunciar a cualquier otra seguridad. “El que pierda su vida por mí, la encontrará” (Mt 10,39).
- **Entre los mismos discípulos:** no tratar de ser los primeros sino estar al servicio del resto: “quien quiera hacerse grande entre vosotros sea vuestro servidor” (Mt 20,26).
- **Hacia los demás:** amarlos de todo corazón y sentirse enviados por Jesús para transmitirles la buena noticia del Reino. “Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo” (Jn 20,21).

De este modo, los discípulos descubrieron que Jesús es el agua viva, el pan vivo bajado del cielo, la luz del mundo, la puerta del redil, el buen pastor, el Hijo de Dios, la resurrección y la vida, el camino, la verdad y la vida, la vida verdadera. En definitiva, lo que Jesús proponía a sus discípulos no era solo que lo siguiesen como a alguien a quien simplemente se admira, sino que viviesen tan unidos a Jesús como lo están los sarmientos a la vid, pues así vive Jesús con respecto a su Padre.



“El que permanece en mí y yo en él, ese da mucho fruto; porque sin mí no podéis hacer nada” (Jn 15,5).

“Antes sí eráis tinieblas, pero ahora sois luz por el Señor. Vivid como hijos de la luz, pues toda bondad, justicia y verdad son fruto de la luz. Buscad lo que agrada al Señor” (Efesios 5, 8-9).

2ª Meditación: “Yo soy la luz” (el ciego de nacimiento)

LO QUE DESEAMOS

En la catequesis se suele contar a los chavales este cuento:

Había una vez, hace cientos de años, en una ciudad de Oriente, un hombre que una noche caminaba por las oscuras calles llevando una lámpara de aceite encendida. La ciudad era muy oscura en las noches sin luna como aquella. En determinado momento, se encuentra con un amigo. El amigo lo mira y de pronto lo reconoce. Se da cuenta de que es Guno, el ciego del pueblo. Entonces, le dice: ¿Qué haces, Guno, tú, ciego, con una lámpara en la mano? ¿Si tú no ves! Entonces, el ciego le responde: Yo no llevo la lámpara para ver mi camino, pues yo conozco la oscuridad de las calles de memoria. Llevo la luz para que otros encuentren su camino cuando me vean a mí. No solo es importante la luz que me sirve a mí, sino también la que yo uso para que otros puedan también servirse de ella.

No dudemos por tanto nunca de que solo Jesús, que acompaña toda soledad, que hace suyo todo dolor, que llena todo vacío, es también capaz de iluminar toda la tiniebla interior y exterior. Para ser luz no hay que dejar de reconocer que estamos ciegos y que necesitamos todos los días pedir la luz a quien no sólo la tiene, sino que “es la luz”. Y que, como el ciego del cuento, aunque aún no tengamos plenamente la luz, si encendemos nuestra lámpara de nuestra fe en Jesús, seremos luz, daremos luz, llevaremos a Jesús, luz del mundo, a todos los hombres y en todos recorridos de nuestra vida.



2ª Meditación: “Yo soy la luz” (el ciego de nacimiento)

No soy Einstein, ni Van Gogh, ni Cervantes, ni Platón;
no tengo en mis venas sangre azul, no soy ningún dios.
Y si me haces mil preguntas, no sabría responder.
Sólo sé que yo era ciego y ahora puedo ver.
No sé nada de la bolsa, no soy un cerebro gris,
nunca fui a la Casa Blanca, la verdad no sé si quiero ir.
No poseo grandes sumas que pudiera ofrecer.
Sólo sé que yo era ciego y ahora puedo ver.
Y una cosa es respirar y otra es ver la luz,
Y hoy te miro y ahora sé que no hay nadie como Tú.
Yo sin nada que ofrecer,
Tú me viste a mí sin dinero, sin sombrero y me hiciste
feliz.
Y Tu amor es un dilema que jamás descifraré.
Sólo sé que yo era ciego y ahora puedo ver.
Mi vida ha cambiado y es que ya no soy el mismo de ayer,
y el que no lo vive, no lo pude entender.
No hay un solo día que no te agradezca esta libertad,
digan lo que digan los demás.
Y una cosa es respirar y otra es ver la luz....
No conozco a Leo Messi, ni a Nadal, ni a Federer.
Solo sé que yo era ciego y ahora puedo ver.
Ahora puedo ver.
Antes yo era ciego.
Antes yo era ciego y ahora puedo ver.

2ª Meditación: “Yo soy la luz” (el ciego de nacimiento)

LO QUE OTROS NOS DEJARON: SAN JUAN BAUTISTA

Su testimonio llega a través de la franqueza de su lenguaje, la honestidad de su comportamiento, la austeridad de su vida. Todo ello le diferencia de otros personajes famosos y poderosos de la época, que invertían mucho en la apariencia. Personas como él, rectas, libres y valientes, son figuras luminosas, fascinantes: nos inspiran a salir de la mediocridad y a ser a su vez modelos de buena vida para los demás. El Señor envía hombres y mujeres así en todas las épocas. ¿Sabemos reconocerlos? ¿Intentamos aprender de su testimonio, cuestionándonos incluso a nosotros mismos? ¿O nos dejamos encantar por personajes de moda? Y entramos en actitudes superficiales...

Juan por contra, es luminoso porque da testimonio de la luz. Pero ¿cuál es su luz? Él mismo nos responde, cuando dice claramente a la multitud, que se ha congregado para escucharle, que él no es la luz, que él no es el Mesías (cf. vv. 19-20). La luz es Jesús, el Cordero de Dios, *Dios que salva*. Sólo Él redime, libera, cura e ilumina. Por eso Juan es una «voz» que acompaña a los hermanos a la Palabra; sirve, sin buscar honores ni protagonismo: es una lámpara, mientras que la luz es Cristo vivo.

El ejemplo de Juan Bautista nos enseña al menos dos cosas. En primer lugar, que nosotros, solos, no podemos salvarnos: sólo en Dios encontramos la luz de la vida. Y, en segundo lugar, que cada uno de nosotros, con el servicio, la coherencia, la humildad, con el testimonio de vida -y siempre con la gracia de Dios- puede ser una lámpara que brilla y ayudar a los demás a encontrar el camino para encontrarse con Jesús (Francisco: 17/12/2023).



2ª Meditación: “Yo soy la luz” (el ciego de nacimiento)

LO QUE REZAMOS CON LOS SALMOS

El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré?
El Señor es la defensa de mi vida, ¿quién me hará temblar?
Cuando me asaltan los malvados para devorar mi carne,
ellos, enemigos y adversarios, tropiezan y caen.
Si un ejército acampa contra mí, mi corazón no tiembla;
si me declaran la guerra, me siento tranquilo.
Una cosa pido al Señor, eso buscaré:
habitar en la casa del Señor por los días de mi vida;
gozar de la dulzura del Señor, contemplando su templo.
Él me protegerá en su tienda el día del peligro;
me esconderá en lo escondido de su morada, me alzará sobre la roca.
Y así levantaré la cabeza sobre el enemigo que me cerca;
en su tienda sacrificaré sacrificios de aclamación: cantaré y tocaré para el Señor.
Escúchame, Señor, que te llamo; ten piedad, respóndeme.
Oigo en mi corazón: *Buscad mi rostro.*
Tu rostro buscaré, Señor. No me escondas tu rostro.
No rechaces con ira a tu siervo, que tú eres mi auxilio;
no me deseches, no me abandones, Dios de mi salvación.
Si mi padre y mi madre me abandonan, el Señor me recogerá.
Señor, enséñame tu camino, guíame por la senda llana, porque tengo enemigos.
No me entregues a la saña de mi adversario,
porque se levantan contra mí testigos falsos, que respiran violencia.
Espero gozar de la dicha del Señor en el país de la vida.
Espera en el Señor, sé valiente, ten ánimo, espera en el Señor (Salmo 27).

